

Jueves

cultura • arte • patrimonio

C

Jueves, 23 de julio de 2026

CUENTA la historia de Ella

Como se cuida un tesoro muy preciado, Mariana Elizondo **guardó recuerdos**, cartas, **sueños**, que se convirtieron en el material para escribir su libro **“Ella quiere ir a París”**, en 2016, **una primera edición** de autor. Con una prosa fluida, libre de **pretensiones**, **cuenta** la historia de **una adolescente** que se va de su casa

■ PÁG. 8C ■

ARTÍCULO

Marco A. Campos y los territorios de la poesía

Para el escritor su única urgencia es ir al encuentro de su poesía; los demás géneros literarios son caminos que siempre vuelven a ella ■ PÁGS. 4 y 5C ■



ESPACIO SOLARIS

Atentado en el evento de Arieles

Nominar películas en los Arieles sigue siendo un rito respetable para el gremio, pero completamente irrelevante para la taquilla. La mayoría de las obras nominadas quedan atrapadas en el limbo ■ PÁGS. 6 y 7C ■



CARTELERA CULTURAL

SECRETARÍA DE CULTURA
DE MICHOACÁN

J U E V E S 2 3

CONVERSATORIO

CUBA Y MÉXICO. HISTORIA DE LA IMPRENTA VANEGAS ARROYO

A CARGO DE FERNANDO GÁLVEZ
COMO PARTE DE LA EXPOSICIÓN "4 REVOLUCIONES DE MÉXICO Y CUBA EN LA IMPRENTA VANEGAS ARROYO"

AUDITORIO, CENTRO CULTURAL CLAVIERO
17:00 HORAS

V I E R N E S 2 4

CONFERENCIA

REFLEXIONES DESDE EL REINO DE YUPPIELAND

DIÁLOGOS EN TORNO A LA OBRA DE ROCÍO CABALLERO

AUDITORIO, CENTRO CULTURAL CLAVIERO
18:00 HORAS



CONFERENCIA

LA BATALLA POR EL CONTROL DE VALLADOLID: CUANDO MORELOS E ITURBIDE SE ENCONTRARON EN LA LOMA DE SANTA MARÍA (1813)

A CARGO DE JOAQUÍN EDGARDO ESPINOSA AGUIRRE

CENTRO CULTURAL ANTIGUO COLEGIO JESUITA, EN PÁTZCUARO
17:00 HORAS

S Á B A D O 2 5



PARA CONOCER TODAS LAS ACTIVIDADES DE LA SECRETARÍA DE CULTURA EN MICHOACÁN, VISITA:
[HTTPS://CULTURA.MICHOACAN.GOB.MX/NOTICIAS/CARTELERA-CULTURAL-DEL-20-DE-JULIO-AL-09-DE-](https://cultura.michoacan.gob.mx/noticias/cartelera-cultural-del-20-de-julio-al-09-de-agosto)



MODOS DE VER



VÍCTOR RAMÍREZ

Talento en las calles

* **En la Avenida** Madero se puede apreciar a esta pareja de personas mayores ganándose la vida interpretando música regional, más que por una retribución monetaria, ellos lo hacen para mantener viva la tradición de interpretar sones abajeños con el violín.

* **Ver a personas** mayores interpretar música regional es una celebración de nuestras raíces. Ya sea en plazas públicas, serenatas o fiestas familiares, estos músicos mantienen vivas tradiciones como el mariachi, el norteño, el bolero y la banda, transmitiendo su experiencia y manteniendo una conexión profunda con la memoria y la cultura local.

* **Ellos mantienen** su corazón joven, alegrando musicalmente a los transeúntes que pasan por la avenida principal del centro histórico.

Sumario

JUEVES, 23 de julio de 2026

2C Cartelera de la Secretaría de Cultura de Michoacán

2C MODOS DE VER. Fotografía de Víctor Ramírez

3C LIBROS / Historias para mamá. Sobre el lugar al que siempre quiero volver, por Yazmin Espinoza

4 y 5C POESÍA. Marco Antonio Campos y los territorios de la poesía (1 de 3), por Rafael Calderón

5C Recomendaciones: Agua Viva, círculo de lectura en Traspatio

6 y 7C CINE / Espacio Solaris. El misterio del atentado en la ceremonia de los Arieles, por Alejandro Sosa

8C DESDE PARIS / Vertebral. El viaje de Mariana Elizondo convertido en novela, por Erandi Avalos

9C RELATOS TRANSTERRADOS / Cuando giran los muertos. por Liliana David.

10C CINE Cuando un personaje sabe demasiado, por Jorge Orozco Flores

11C REPÚBLICA DE LECTORES / La geografía de nuestros miedos: una invitación a conocer a Jeudi, por Abdías Martínez

12C HISTORIA. Michoacán al caer la tarde del siglo XVII, por Ramón Sánchez Reyna

Cultura / Arte / Patrimonio es una publicación semanal de Consultoría y Desarrollo Huella Digital. Agencia cultural facilitadora para el desarrollo de proyectos en el ámbito creativo.

Edición: Abelardo Lozano **diseño:** Rafael Aguilar, **Fotografía:** Víctor Ramírez,

WA. 4437 365432 **FB.** Huella Digital, **IG.** Jueves HD

www.consultoriahuelladigital.com

HISTORIAS PARA MAMÁ

Sobre el lugar al que siempre quiero volver

YAZMIN ESPINOZA

La primera vez que en la Tribu de letras (mi precioso círculo de lectura) nos reunimos para hablar de un libro yo tenía ocho meses de embarazo. Sarita todavía no nacía. Hoy tiene tres años.

Me gusta medir el tiempo así. No por calendarios ni por los libros que he alcanzado a leer, sino por las vidas que han ido creciendo entre una sesión y otra. Porque en estos tres años no solo hemos terminado novelas. También han nacido hijos, han cambiado trabajos, han llegado nuevos proyectos, hemos atravesado pérdidas, mudanzas, enfermedades, alegrías y esos pequeños terremotos cotidianos que parecen insignificantes hasta que alguien nos pregunta cómo estamos y, por fin, encontramos el espacio para responder con honestidad.

Cuando nació Tribu de Letras yo imaginaba un círculo de lectura. Quería un grupo de personas con quienes conversar sobre libros, descubrir autores nuevos y obligarme, de la mejor manera posible, a leer con más constancia. Nunca imaginé que terminaría encontrando amigas.

Con el tiempo entendí que los libros eran apenas el punto de partida. Bastaba una pregunta sobre un personaje para terminar hablando de maternidad, de nuestras mamás, del miedo, del trabajo, de las parejas, de las culpas o de la manera tan distinta en que cada una habitaba el mismo libro. Lo maravilloso era descubrir que ninguna había leído exactamente la misma historia.

Pienso en *El invencible verano de Liliana* y recuerdo el silencio que quedó en la mesa cuando terminamos de hablar de él. Pienso en *Rituales para la amistad* y sonrío porque, sin proponérselo, nosotras mismas estábamos construyendo uno. Pienso en tantos otros títulos que hoy ya se mezclan con los recuerdos de quienes los leímos juntas. A veces olvido un capítulo o el nombre de un personaje, pero nunca olvido la conversación que nació alrededor de esas páginas.



Hace dos meses que no nos reunimos. Las vacaciones de verano tienen mucho que ver, pero no toda la culpa es del calendario. También es mía.

Emprender ha sido uno de los proyectos más emocionantes de mi vida. Me ha enseñado cosas que jamás imaginé y me ha regalado satisfacciones enormes. Pero también me ha exigido tiempo, energía y una capacidad casi infinita para resolver problemas. En medio de todo eso fui posponiendo las reuniones del club. "La próxima semana", me decía. "Cuando pase este evento". "Cuando termine este pendiente".

Y así pasaron dos meses.

Durante este tiempo descubrí que no solo había dejado de organizar un círculo de lectura. Había dejado de respirar por uno de mis pulmones. Porque eso era Tribu de Letras para mí.

Un lugar donde podía dejar de ser la periodista, la emprendedora, la mamá que siempre está pensando en el uniforme del día siguiente, en la comida o

en la siguiente publicación para redes sociales. Durante un par de horas al mes simplemente era una lectora sentada alrededor de una mesa con otras mujeres que también necesitaban ese respiro. Y sospecho que no era la única.

Con los años fui entendiendo que ese espacio también se volvió importante para muchas de nosotras. No porque leyéramos más rápido o porque nuestras opiniones fueran especialmente brillantes, sino porque pocas veces la vida adulta nos regala lugares donde podemos llegar exactamente como estamos. Cansadas. Entusiasmadas. Tristes. Desveladas. Con una buena noticia. Con una preocupación. Con un bebé en brazos o con la necesidad urgente de hablar con alguien que entiende por qué un libro puede hacernos llorar.

Hay amistades que nacen en la escuela o en el trabajo. Las nuestras nacieron entre páginas. Y eso siempre me ha parecido un pequeño milagro.

Hace unos meses escribía en este mismo espacio sobre la importancia de leer en comunidad. Hoy, en cambio, escribo desde la ausencia de esa comunidad. Y creo que, a veces, solo cuando algo nos falta entendemos el lugar que ocupaba en nuestra vida.

Extraño las conversaciones. Extraño descubrir todo lo que yo no había visto en un libro hasta que alguna de ellas lo señalaba. Extraño escuchar cómo una misma novela podía significar cosas completamente distintas para cada una. Pero, sobre todo, las extraño a ellas.

Ahora son vacaciones de verano. Quizá este sea el momento de volver a acomodar las piezas. De aceptar que no todo puede hacerse perfecto, pero que hay espacios que vale la pena cuidar precisamente porque también son los que nos cuidan a nosotras.

Quiero volver. Quiero que volvamos. Porque después de tres años entendí que los libros nunca fueron lo más importante.

Lo más importante siempre fue esa mesa alrededor de la cual aprendimos que leer también podía ser una forma de acompañarnos. Que una novela podía abrir la puerta a conversaciones que llevábamos meses necesitando. Que la amistad también se construye con citas mensuales, café, páginas subrayadas y la certeza de que alguien va a escuchar lo que tenemos que decir.

Los libros seguirán esperándonos en los libreros. Eso lo sé. Pero hay algo que extraño mucho más. Extraño el lugar donde, por un par de horas, todas podíamos dejar de cargar el mundo para sostener, entre varias, una buena conversación.

Y tengo la certeza de que ese lugar sigue ahí. Esperándonos.

Yazmin Espinoza, comunicóloga enamorada del mundo del marketing y la publicidad. Apasionada de la literatura y el cine, escritora aficionada y periodista de corazón. Mamá primeriza. Lectora en búsqueda de grandes historias.

ARTÍCULO

Marco Antonio Campos y los territorios de la poesía 1/3

RAFAEL CALDERÓN

Firmaron su acta de nacimiento con tres nombres, pero escribe con uno solo: forastero. Y es que Marco Antonio Campos (Ciudad de México, 1949) es más lo segundo que lo primero. Para saber de él, la única urgencia es ir al encuentro de su poesía; los demás géneros literarios son caminos que siempre vuelven a ella. Desde 1999, Campos ha convocado al Encuentro de Poetas del Mundo Latino, el más importante en su género en México. En Morelia tuvo su época de oro. Ahí convirtió la ciudad en casa del idioma de la poesía durante diez años. No solo rindió homenaje a los mayores: Alí Chumacero, Eduardo Lizalde, José Emilio Pacheco, Hugo Gutiérrez Vega y Tomás Segovia. También abrió la puerta a los que llegaban: tendió puentes con Juan Gelman y Luis García Montero, se celebró a Elsa Cross y cerró el ciclo con el reconocimiento a Sergio Mondragón. Gestor, sí. Pero su modo de gestionar fue otro poema: coral, políglota, en movimiento.

Como traductor de poesía, Campos se inscribe en esa larga tradición mexicana de poetas que cruzan lenguas para interrogar su propia sombra: la estirpe de Reyes, Paz, Pacheco o Guillermo Fernández. No traduce por oficio, sino por destino. Por eso elige a los desterrados, a quienes escribieron lejos de casa: Baudelaire, Rimbaud, Trakl, Ungaretti o Nelligan. Traducir, en él, es otra forma de irse. Otra forma de volver.

Pero la brújula de todo está en su poesía. Publica desde 1970 y ahí aparece ya su directriz: una respiración densa y profunda que no ha perdido novedad lírica en cincuenta años. Su obra se ordena en dos grandes cortes. El primero lo fija *Poesía reunida* (1997), bella edición que fue, para muchos, carta de presentación definitiva. Recoge cuatro libros publicados y el inédito *Los adioses del forastero*. El segundo lo consagra *El forastero en la tierra*, compilación que abre también con poemas de 1970 y cierra en 2004, cuando el poeta cumple cincuenta y



CORTESÍA: SEMINARIO MEXICANO DE CULTURA

cinco años. Entre uno y otro corte se dibuja su biografía secreta: viajes, ciudades entrevistadas o vividas, dedicatorias a amigos, homenajes a lugares. Su voz es una poética del ir y venir, constante y en movimiento.

Los títulos individuales trazan ese viaje: *Muertos y disfraces*, *Una señal en la sepultura*, *La ceniza en la frente*, *Los adioses del forastero*, *Viernes en Jerusalén*, *Monólogos*, *Dime dónde, en qué país* y *De lo poco de vida*. Por eso la publicación de *Poesía reunida* en 1997 no fue solo antología: fue declaración. Y *El forastero en la tierra* no fue recapitulación: fue destino. Ahí el ejercicio de la poesía se revela como esencia de su vida, decantada por el tiempo. No es casual que en 2017 la editorial Visor Libros México inaugurara su colección de poesía con *Dime dónde, en qué país*, junto a los volúmenes de las

Wisława Szymborska y Tomas Tranströmer. Campos ya está ahí, entre premios Nobel, por derecho propio.

Estudió leyes en la UNAM, leyó poesía en Salzburgo y Viena, fue profesor invitado en Buenos Aires y La Plata, e impartió la cátedra Rosario Castellanos en la Universidad Hebrea de Jerusalén. Recibió la Medalla Presidencial Centenario Pablo Neruda en 2004. Es miembro de la Academia Mallarmé desde 2005 y del Seminario de Cultura Mexicana desde 1999. Pero todos esos cargos son apostillas. La obra es el texto.

Víctor Manuel Mendiola, su editor y poeta, lo situó con exactitud: "Después de la inflexión verbal de la poesía de medio siglo, surge una nueva generación en los años sesenta y setenta que se debate entre el universo autosuficiente de las

palabras y la fuerza del sentido y de la realidad. En ese contexto, la poesía de Marco Antonio Campos se fue decantando rigurosamente. Desde el deslumbramiento del sol griego hasta una cavilación densa, sus poemas se despojaron y nos han entregado una visión esencial y dura pero, en su desencanto, serena y solidaria".

Ubicado generacionalmente, queda por fortuna su presencia para ir a los poemas. Abrir *Poesía reunida*, esa que terminó de imprimirse el 2 de mayo de 1997, y confirmar lo que ya intuíamos: que Campos no habita la poesía. La transita. Que no escribe sobre la tierra. Escribe desde fuera, como forastero, y por eso la nombra mejor que nadie. Con *Viernes en Jerusalén* lo entendimos todo: el viaje no era huida. Era la única forma que encontró para quedarse.

Sin dejar de lado al ensa-

yista, al cronista, al narrador —presencias respetadas en el medio literario mexicano—, lo que nos convoca aquí es el poeta. Verlo a través de sus versos. Asistir a su revelación del idioma.

En la nota que abre su primera *Poesía reunida*, Campos escribe: "El caso de este libro es curioso: es un conjunto de poemas que se ha estado haciendo por más de veinte años desde que publiqué el primero en *Muertos y disfraces*". La nota remite a 1974. Ya han pasado más de veintitrés años cuando la firma. Si volvemos a *Muertos y disfraces*, descubrimos que la pasión lírica fue dedicada a Alí Chumacero. Y que el libro entero se abre con un epígrafe de Neruda, leído en Estocolmo en 1971: "Cada uno de mis poemas pretendió ser un instrumento útil de trabajo". Desde el inicio, Campos declara su linaje: la poesía no como adorno, sino como herramienta. Y lo confirma sin rodeos: "Igual al joven que fui, sigo intentando escribir una poesía hecha con el corazón y la sangre, libre lo más posible de decoración o galas y anhelando con humildad que el lector pueda sentirse conmovido con algún poema o verso". Para rematar con una certeza que desarma: "La poesía no hace nada. / Y yo escribo estas páginas sabiéndolo".

Ese es su desafío. Su declaración de inicio. Por eso anota un ideal que lo persigue: "Escribir una poesía que se correspondiera mínimamente con las lápidas verticales que brillan bajo el sol de Grecia, donde con una concesión de dibujo se resume la historia de una persona". ¿Qué tiene que ver Grecia con un poeta de la Ciudad de México? Todo. Si pensamos en Alfonso Reyes, entendemos que esa luz mediterránea no es fuga: es herencia. Es Homero y Elytis respirando en la modernidad. Es la confirmación de que Campos es, ante todo, un poeta viajero. "Yo he querido —continúa— equilibrar, sobre todo en los últimos tiempos, las luces y sombras de la casa del mundo con las luces y las sombras de la casa del

ESPACIO SOLARIS

El misterio del atentado en la ceremonia de los Arieles

ALEJANDRO SOSA

“...Y el Ariel a Mejor Película de este año 2026 es para...”

El presentador abre el sobre con esa pausa ensayada que busca generar un suspenso en el que ya nadie cree. En las butacas del teatro, la tensión es inexistente. Lo que se respira es la pura inercia de una industria acostumbrada a aplaudirse a sí misma, mientras todos en la sala sabemos que los cines comerciales siguen vacíos de cine nacional.

Sentado en la fila J, un director de cine (a quien llamaremos simplemente *El Director*) ni siquiera se acomoda el saco. Sabe perfectamente que su nombre no va a sonar. No es pesimismo; es mera estadística. Cuando el ganador sube al escenario, El Director se limita a aplaudir por compromiso, se levanta sin hacer ruido y sale del auditorio con las manos en los bolsillos. No tiene energía para escuchar los mismos discursos largos, aburridos y predecibles de cada año.

El pasillo hacia los baños está alfombrado y sumido en un silencio denso. De las paredes cuelgan carteles de películas mexicanas de los años 40. Al verlos, El Director piensa en la ironía de la estatuilla: “El Ariel”, diseñado en 1946 por Ignacio Asúnsolo e inspirado en el ensayo de José Enrique Rodó que llamaba a la elevación del alma latinoamericana. En las últimas décadas, la Academia Mexicana de Artes y Ciencias Cinematográficas (AMACC) ha mudado la ceremonia de un estado a otro con el pretexto de descentralizarla, pero cambiar de sede no cura la enfermedad de fondo. El problema del cine nacional no es geográfico; es un problema de distribución.

Nominar películas sigue siendo un rito respetable para el gremio, pero completamente irrelevante para la taquilla. La mayoría de las obras nominadas quedan atrapadas en el limbo: una o dos semanas de exhibición en salas de arte y luego, la nada. Son estatuillas invisibles para el público general, que siempre preferirá ver la secuela de *Hollywood* en turno antes que una producción local.

El Director entra al baño de mármol frío, abre la llave del lavabo y se moja la cara. Se mira al

espejo. Las ojeras no mienten. Se queda ahí, observando las gotas escurrir por su barbilla mientras se hace la pregunta que atormenta a todo cineasta independiente en México: ¿Tiene sentido seguir filmando para la pantalla grande cuando la gente prefiere quedarse en casa a ver series?

De pronto, la puerta se abre de par en par con un golpe violento. El silencio se quiebra. Entra *El Colega*, un director nominado esa misma noche. Su respiración es errática, tiene el cuello de la camisa desabrochado y un hilo de sudor le corre por la sien. Se acerca al lavabo contigo, apoya ambas manos sobre la losa helada y clava sus ojos inyectados de sangre en el espejo. Sus dedos tiemblan, el saco de pana desgastado cruje con su movimiento y el sonido de su agitación llena la habitación.

—Está muriendo— suelta la frase de golpe, con una voz rasposa y después un grito contenido—. ¡El cine está muriendo!

Este es el grito de toda una generación de cineastas que se ahoga entre convocatorias de Eficine, incentivos fiscales y burocracia. *El Director* lo mira a través del reflejo, impasible.

—¿Muriendo?— pregunta de vuelta, apenas con un hilo de voz.

El Colega asiente con la cabeza.

—¿Y los cortometrajes? ¿Qué hay con ellos?— insiste *El Director*.

El Colega suelta una carcajada histérica, una mueca de puro dolor, mientras se limpia la boca con el dorso de la mano.

—¿Cortometrajes? ¿De qué hablas? ¿Te refieres a los reels de Instagram o a los TikToks de quince segundos? Eso es lo único que la gente aguanta hoy. ¡Nadie se sienta quince minutos, ni dos horas, a mirar el vacío!

El Director baja la mirada, desconcertado.

—Ganó En el camino de David Pablos— dice *El Colega* de pronto, en un susurro—. El Ariel a Mejor Película de este 2026 es para ella. Una gran película, sí. ¿Pero quién la vio fuera de los festivales y de sus cuatro semanas en cartelera?

Antes de que *El Director* pueda responder, la puerta se



VERTEBRAL

“Ella quiere ir a París”, el viaje de Mariana Elizondo convertido en novela

ERANDI AVALOS

...que mi vida fluya como el Sena
— Mariana Elizondo

Mariana Elizondo nació en uno de los entornos intelectuales más reconocidos de México. Hija del escritor Salvador Elizondo y de Michèle Albán, creció rodeada de artistas, músicos y escritores. Pero habitar un apellido célebre no significa carecer de una voz propia. Así lo demuestra en *Ella quiere ir a París*, su primera novela, publicada por Jus y presentada en 2026 en la Feria Internacional del Libro del Palacio de Minería.

Como se cuida un tesoro muy preciado, Mariana guardó recuerdos, cartas, sueños, que se convirtieron en el material para escribir, en 2016, una primera edición de autor. Con una prosa fluida, libre de pretensiones, cuenta la historia de Ella, una adolescente que, cansada del caos de una vida familiar compleja inmersa en la crema y nata de la intelectualidad capitalina mexicana, convence a sus padres de que la manden a estudiar clavecín a París a finales de la década de los 70 y principios de los 80. Con el peso de un apellido por todos conocido en la historia del arte mexicano, Ella busca encontrarse a sí misma, y a la vez — típico a los 17 años — a seguir a un amor salvaje que esconde, tal vez, un apego ansioso.

Antes de ser una ciudad concreta, París suele ser una idea. En el caso de Ella, París fue una promesa de amor adolescente que representaba el arte, la libertad, la posibilidad de comenzar de nuevo o de convertirse en alguien distinto. Sin duda, la capital francesa concentra todas esas promesas, pero también las somete a la prueba de la experiencia. Igual que el amor. Pero Ella, aunque durante toda la novela no se apropia de su sangre francesa, la tiene.

¿O que, antes de pertenecer a una ciudad, necesita encontrar un lugar propio dentro de sí misma?

Migración, familia y hambre

Ensimismados en sus propias vidas, sus padres aceptan en-



ERANDI AVALOS

viarla a París. Ella “huye de su casa, de una guerra doméstica, de una dictadura familiar donde la locura, el desorden y el caos rigen a pesar de ser encubiertos por una doble moral que ni dios entiende. Todo es confuso”, cuenta el narrador. Aún adolescente, deberá encontrar por sus propios medios la manera de subsistir en una ciudad lejana. El hambre se convierte entonces en uno de los centros de la novela, pero no aparece únicamente como una carencia física: “porque siempre está ahí ese hueco que no se llena con nada y que a esa edad se confunde con el hambre”, escribe Elizondo.

El París veraniego que ella recordaba, de la mano de su abuelo muchos años antes, no es el mismo que en ese crudo invierno. Ahí, la soledad y el frío son crueles compañeros, pero cuando el hambre se une, lo que resulta es una prueba de vida que Ella librará con la fuerza que dan los sueños: llegar a ser una excelente clavecinista.

La amistad constituye otro de los ejes de la trama. A falta de una familia que la sostenga, Ella construye una con retazos. Su relación casi formal con el misterioso F, la amistad con Z, algunos amores pasajeros, su profesora de clavecín y una amiga española forman una red afectiva que le permite resistir el frío, el hambre

y la soledad.

El capital cultural de Ella, su fuerza y pasión lograrán mantenerla a flote.

París de los años 70, París ahora

Leí esta novela entre cafés y parques parisinos. Me pregunto si habría producido en mí el mismo efecto de haberla leído en México. Probablemente sí, aunque ciertas sutilezas solo se revelan cuando se reconocen las calles, las distancias y la manera en que el invierno modifica la ciudad. Pero es seguro que Mariana consigue capturar una esencia parisina que persiste más allá del tiempo y de sus transformaciones.

Sin embargo, esta historia no podría haber tenido lugar en cualquier otra época. Las comunicaciones digitales han transformado nuestra relación con la distancia: mientras exista una conexión a internet, es posible escuchar una voz, ver un rostro o enviar un mensaje al otro lado del mundo. En los años de Ella, la separación entre México y Francia también estaba hecha de esperas, cartas y silencios. Algo semejante ocurre con la música, que Ella escucha en discos, y con las formas de conocer personas, leer, aprender o incluso conseguir comida. La existencia del teléfono inteligente no ha



ERANDI AVALOS



ERANDI AVALOS

eliminado el desarraigo, el hambre ni la soledad, pero habría modificado radicalmente la manera en que Ella los enfrenta.

Eso no quiere decir que no existan historias similares, pero sí que la historia de Ella tal cual Mariana la cuenta, solo es posible en el París de los años 70.

La música, el sueño

El clavecín y la espineta funcionan como hilos sonoros del relato. Instrumento antiguo, oscuro y poco habitual en el contexto mexicano, refleja la singularidad de una joven que tampoco encuentra fácilmente su lugar. No es únicamente aquello que va a estudiar: es una extensión de su identidad, una compañía y una forma de ordenar el mundo, de ordenarse a ella misma.

Junto con la música antigua aparece también la banda sonora de su tiempo. Bach convive con Leonard Cohen, Janis Joplin y John Lennon en la educación sentimental de Ella, mientras persiste la búsqueda de su maestro ideal: el clavecinista neerlandés Gustav Leonhardt, tan cerca de París y todavía tan lejos de ella.

El animal que asecha

Uno de los aspectos más perturbadores de la novela es la exposición, sutil pero implacable, de la podredumbre que puede ocultarse bajo un ambiente supuesta-

mente culto. La tensión avanza como un hilo delgado hasta descubrir una madeja de violencia, abuso y acoso entre personas consideradas refinadas, talentosas e incluso intocables. A través de Ella, Mariana Elizondo desnuda a esos depredadores y hace tambalear la respetabilidad de ciertas figuras de la cultura mexicana de la segunda mitad del siglo XX. Lo hace sin complacencia, pero también sin convertir el dolor en espectáculo.

Ella recuerda reuniones, fiestas, funciones de teatro y encuentros con personajes perversos como parte de lo que la empujó a salir de su país. En uno de los pasajes más fuertes de la novela se lee:

“Ella ahí, apenas adolescente, entre muñequita y ninfa, una belleza que todos querían tocar y, en un gesto ambiguo de cariño, pasaban muy pronto al manoseo sin pudor que garantizaba el contacto de la piel suave y perfecta. Noches de fiesta donde en el fondo a nadie le importaba si la niña piensa o si siente o si sueña o si cree o si sabe, importaba que ponía sus nalguitas perfectas sobre las piernas tullidas de borrachos infectos, artistas de día, perversos de noche”.

Mariana, la escritora

Mariana Elizondo me pregunta qué pienso de su novela. Exige sinceridad porque todavía quiere corregir hasta el más pequeño error, a la manera de Gustave Flaubert, siempre en búsqueda de la palabra precisa. Le respondo: lograste una novela valiente y honesta. Articulaste recuerdos lejanos — siempre difíciles de reconstruir — con destellos de ficción que sostienen el relato y le imprimen ritmo. Logras que el lector acompañe a Ella en ese viaje transformador.

Escribe. Muéstranos todo lo que tienes por escribir, que lo haces muy bien.

Erandi Avalos, historiadora del arte y curadora independiente con un enfoque glocal e inclusivo. Es miembro de la Asociación Internacional de Críticos de Arte Sección México y curadora de la iniciativa holandesa-mexicana “La Pureza del Arte”. erandiavalos.curadora@gmail.com

RELATOS TRANSTERRADOS

Cuando giran los muertos

Una novela negra que pone como escenario a Morelia en los años 50

LILIANA DAVID

Cuando giran los muertos, título de la novela del escritor español Ignacio del Valle (Oviedo, 1971), pone a Morelia como un escenario clave para la trama que ofrece su historia, la cual bien podría convertirse en el guion de una película taquillera. Por casualidad, encontré un ejemplar en una biblioteca pública que frecuento para darle de comer a mi curiosidad. El día que hallé este libro, lo primero que me llamó la atención fue la imagen que aparece en su portada, y que se asemeja a la catedral de Morelia, aunque vista con más detenimiento, podría ser cualquier iglesia de México, pues este es el país al que viajan los personajes de una historia que combina el *thriller* con lo documental para situarnos en marzo de 1950.

La fecha es significativa porque un mes antes, el 20 de febrero del mismo año, fue asesinado José Gallostra, el hombre que fungió como ministro extraoficial de la España franquista en tierras mexicanas. En pleno centro del entonces D.F., en la esquina de la calle Artes con Ignacio Ramírez, el anarquista y exiliado español Gabriel Salvador Fleitas le disparó a sangre fría al representante oficioso del régimen dictatorial. Como narra el autor en su novela: “La prensa especulaba con un asesinato pacientemente urdido, con una venganza del anarquismo mexicano, con conjuras internacionales, pero había sido solo una ida de olla” (típica expresión coloquial española para referirse a un brote de locura). Este fue el primer suceso que me reveló la obra, una novela

negra con tintes históricos que sitúa al lector en el contexto de las negociaciones y misiones diplomáticas, disfrazadas de “expediciones culturales”, en las cuales se organizaban recitales poéticos con creadores que respaldaban el régimen de Francisco Franco, pero con la intención real de destrabar el bloqueo diplomático y extender nuevas relaciones comerciales entre España y el gobierno de Miguel Alemán en México. Sin embargo, el asesinato de José Gallostra clausuró tales posibilidades, y no fue sino hasta dos años después de la muerte de Franco, en 1977, cuando se retomaron dichas relaciones.

La novela, en ese sentido, revela



un episodio poco conocido: el intento de romper el aislamiento en el que se tenía a la España del Caudillo, empleando para ello el disfraz de unas lecturas poéticas organizadas en Hispanoamérica, y en las que participaron poetas y escritores como Agustín de Foxá, Leopoldo

Panero o Luis Rosales. Por ello, a manera de sinopsis, en la contraportada del libro se lee: “Durante una gira literaria por Hispanoamérica, don Félix Arcadia, escritor y diplomático español, es secuestrado en Morelia por una facción de republicanos exiliados. El capitán Arturo Andrade y su camarada Manolete, encargados de su seguridad, comienzan una búsqueda desesperada por todo México. En su transcurso, se moverán entre un complejo juego de geopolítica, el exilio republicano, la intelectualidad mexicana, viejos caciques revolucionarios, mercenarios y asesinos de la Legión del Caribe, espías soviéticos, traficantes de armas”. La historia es

ficticia, porque dicho secuestro nunca ocurrió, pero sí se sitúa en un momento histórico clave, justo en la segunda mitad del siglo veinte, en los años posteriores al arribo de los primeros niños republicanos a Morelia, ciudad en la que también estarían luego grandes intelectuales y filósofos, como María Zambrano, José Gaos, Fernando de los Ríos, entre otros. El diplomático franquista que aparece en la novela desea viajar a Morelia no sólo para participar en un recital de poesía, sino para conocer la ciudad a la que habían llegado todos aquellos españoles exiliados, a quien Lázaro Cárdenas del Río había acogido durante su gobierno, el cual —recordemos— nunca reconoció al régimen del dictador español.

Cuando giran los muertos, editada bajo el sello de Algaida, fue la obra ganadora con el premio de novela Ateneo de Sevilla, en su edición número 53, el cual se celebró en el pandémico 2021, algo que pudo haber incidido en la menor difusión de la novela, pese al reconocimiento que obtuvo su autor con dicho galardón. No obstante, para un mercado edi-



torial como el español, que tiende al urgente posicionamiento ideológico, la novela resulta desafiante, pues neutraliza las tendencias ideológicas del autor para ahondar más bien en la compleja vida de sus personajes, en sus traumas y heridas. El mismo escritor lo corrobora en una entrevista que concedió en 2022, en la que, a propósito de su novela, comenta: “Había una época donde existió mucha precaución con los escritores de derechas o fascistas o falangistas. Y todo cambia a raíz del ensayo de Andrés Trapiello que se llama *Las armas y las letras*. En ese momento cayó en mis manos, por casualidad, el libro Madrid de corte a Checa de Agustín de Foxá. Me pareció, al margen de las ideologías, un libro estupendamente escrito. Y a mí, que no me importa si eres rojo, azul o del planeta Venus, si escribes bien me da igual, me interesé por el articulismo y por la poesía de él, además de que es un personaje en sí mismo”.

La novela, que ha sido la séptima obra premiada de Ignacio del Valle a lo largo de su carrera literaria, muestra una historia que incide en el terreno de lo humano: en la tragedia y la esperanza de que algo cambie en la historia, aunque en verdad parezca que poco cambia. Las palabras del capitán español Arturo Andrade, protagonista de esta obra, resumen, a mi modo de ver, una lección sobre nuestro tiempo: “... es el caos de una historia repetida, una y otra vez, recreada, reinterpretada, el mundo, su corazón jodido, su fracaso, su ruina inevitable, mientras seguimos dando vueltas alrededor del sol. Imperios, tribus, familias, amantes, amigos, todo lo hermoso que se desmorona y se convierte en escombros, en ruinas, en polvo. Pero, al final, hay algo, algo queda, algo que hay que contar, cierta huella, una historia que quizás se repita. Una victoria en una guerra que nunca se ganará”. Porque de la guerra, sabemos, nunca se sale indemne, una verdad que, pese a toda la literatura escrita hasta nuestros días, todavía no cuenta con el eco suficiente para que se transforme en realidad. Sin embargo, sólo en la literatura seguimos encontrando el campo más apropiado para abordar las posibilidades aún no exploradas de nuestra compleja condición humana.

Liliana David es Doctora en Filosofía por la UMSNH. En 2001, comenzó su trayectoria como periodista cultural en los principales diarios del estado (Provincia, Sol de Morelia y La Jornada Michoacán).

Del 2006 al 2013, fue reportera de la sección de cultura en La Voz de Michoacán y, tras siete años de diarismo, inició sus estudios de posgrado en la Maestría en Filosofía de la Cultura de la UMSNH, participando en Congresos y Seminarios internacionales tanto en México como Argentina y España.

Desde el 2021, colabora en la revista española Contexto (Ctxt) y en Diario Red. Ha publicado en el libro colectivo Ctxt, una utopía en marcha, editado bajo el sello de Escritos Contextatarios. Actualmente, tiene interés en la investigación de las relaciones entre la literatura y la filosofía, la identidad y la migración, así como en la divulgación del pensamiento a través del periodismo.

2021

OBRA
ganadora del premio novela Ateneo de Sevilla

1950

AÑO
en que se desarrolla el thriller del autor español

CINE

Cuando un personaje sabe demasiado

JORGE OROZCO FLORES

Durante décadas, el cine mexicano encontró en Juan Orol uno de sus blancos favoritos. Entre las muchas anécdotas que circularon sobre su filmografía, una adquirió categoría de leyenda: en medio de una escena se escuchan disparos a lo lejos y un personaje exclama: Ha comenzado la Revolución mexicana. Aquella frase resumía una crítica frecuente: los personajes parecían hablar no desde su tiempo, sino desde el conocimiento histórico del espectador.

Fuera exacta o exagerada la anécdota, el efecto era el mismo. La risa nacía porque el personaje parecía haber leído un manual de historia antes de pronunciar su parlamento.

Durante muchos años aquella licencia narrativa fue utilizada como ejemplo de un anacronismo cinematográfico.

Una duda antes de entrar al cine

No he visto *La Odisea* de

Christopher Nolan. Conviene decirlo desde el principio. Este comentario no nace de la experiencia de haber visto la película, sino de una duda concreta provocada por un comentario publicado en la red social X. Antes de decidir si valía la pena verla, preferí verificar si la escena mencionada existía realmente o si se trataba de una invención de internet.

Diversas reseñas y numerosos comentarios de espectadores coincidían en describir el mismo diálogo: Penélope pregunta a Odiseo si ellos son los llamados "Pueblos del Mar", y él responde afirmativamente, añadiendo que la Edad del Bronce está colapsando.

Mi duda terminó ahí. No necesitaba conocer el resto de la película. Bastaba corroborar que ese diálogo efectivamente formaba parte de ella.

Cuando habla el historiador y no el personaje

El problema no consiste en que una película proponga una interpretación histórica. El cine tiene pleno derecho a hacerlo. La dificultad aparece cuando

los personajes parecen utilizar categorías intelectuales que pertenecen a quienes los estudian siglos después. Existe una diferencia enorme entre que un personaje diga: Todo se está derrumbando, o que afirme, en esencia: La Edad del Bronce está colapsando.

La primera frase pertenece naturalmente al universo del personaje. La segunda al vocabulario del historiador contemporáneo. Es una diferencia pequeña en apariencia, pero decisiva para quien concede importancia al lenguaje histórico.

De Juan Orol a Christopher Nolan

Aquí aparece una ironía inesperada. Durante décadas se sonrió ante las licencias de Juan Orol porque parecían romper la lógica temporal de los personajes. Hoy un director del prestigio internacional como Christopher Nolan puede introducir un anacronismo semejante y el debate ya no gira alrededor de la ingenuidad del recurso, sino de su posible justificación intelectual.

tual.

El prestigio modifica la recepción crítica.

No modifica necesariamente la naturaleza de la licencia.

La sorpresa proviene, en realidad, de la enorme consideración que Christopher Nolan ha ganado como narrador cinematográfico. Su capacidad para construir estructuras dramáticas complejas y relatos visualmente rigurosos hace que el espectador espere de él un cuidado igualmente meticuloso en la voz de sus personajes.

Por eso un anacronismo de esta naturaleza llama más la atención en su cine que en el de cualquier otro director.

No porque invalide toda la película.

Sino porque rompe, durante unos segundos, la ilusión de que quienes hablan pertenecen realmente al mundo que la película representa.

Cada época tiene derecho a su propio lenguaje

Toda ficción histórica esta-

blece un pacto silencioso con el espectador. Puede condensar acontecimientos, modificar cronologías, fusionar personajes o imaginar conversaciones. Son libertades legítimas del arte.

Pero existe una frontera particularmente delicada: permitir que los personajes hablen con conceptos que sólo existirán miles de años después.

No he visto *La Odisea* de Nolan, ni este texto pretende juzgar la película en su conjunto. Se limita a una observación muy concreta, nacida de la comprobación de un diálogo cuya existencia fue corroborada antes de decidir si acudir o no al cine.

Porque hay ocasiones en que una sola frase basta para despertar una duda. Y, para algunos espectadores, esa duda es suficiente para abandonar la sala... incluso antes de comprar el boleto.

Jorge Orozco Flores, es autor del libro "La duda ofende" (2017); fue secretario de Difusión Cultural de la UMSNH.



REPÚBLICA DE LECTORES

La geografía de nuestros miedos: una invitación a conocer a Jeudi

ABDÍAS MARTÍNEZ

¿Alguna vez han escuchado el silencio absoluto de la noche y, de pronto, un pequeño "pam", proveniente del armario, los ha hecho contener el aliento? ¿Y entonces te cubres de inmediato, de pies a cabeza, con una sábana para evitar el peligro?

Todos hemos sido ese niño que, bajo las sábanas, intenta convencerse de que lo que ve es solo una sombra, mientras el corazón late como un tambor desbocado. Porque, como bien nos dice la sabiduría popular, los monstruos no existen... ¿o sí?

Con esos sonidos que aceleran al corazón, les presento una obra que acaricia esa vulnerabilidad con una ternura infinita, "Los monstruos no existen, ¿o sí?", escrita por José Luis Castillo González e ilustrada con la gráfica magistral de Jade Sofía García Trujano. Esta no es solo una historia para niños; es un mapa para cualquiera que alguna vez haya sentido miedo al silencio o a lo desconocido.

En sus páginas conocemos a Pep, un niño que ama el béisbol, que sueña con tener un tigre dientes de sable como mascota y que vive en una casa donde la cocina es el corazón que todo lo bombea. Pep es la encarnación de la curiosidad y la valentía cotidiana. Pero una madrugada de jueves, un día que en su universo siempre es escenario de lo extraordinario, la realidad se dobla y un ruido en el armario lo obliga a enfrentar lo que más teme.

Sin embargo, lo que hace a esta obra verdaderamente única es su giro humano y compasivo. Pep no se encuentra con una bestia sedienta de sangre, sino con un ser peludo y púrpura llamado Jeudi, quien, para sorpresa de todos, está llorando de angustia! Resulta que los monstruos también sufren de insomnio, también cuentan "monstruorregos" voladores para intentar dormir y, lo más revelador de todo, ellos también tienen miedo.

La propuesta estética de este libro es una delicia para los sentidos. El lenguaje de Castillo González es cercano y dinámico, logrando un ritmo que nos lleva del suspenso de una garra asomándose por la puerta, a la risa honesta ante un monstruo con mal aliento que necesita que le rasquen la espalda con un bate de béisbol.

La atmósfera que crean las ilus-

traciones de Jade Sofía es vibrante; pasamos de la calidez dorada de la cocina de mamá a la profundidad de los azules nocturnos, donde los miedos cobran formas casi amigables.

Uno de los aportes más bellos de la obra es la integración del arte como refugio y lenguaje. Pep, inspirado por las pinturas de su padre y las historias de su abuelo, le regala a Jeudi un cuaderno y pinturas. Nos enseña que cuando las palabras no alcanzan para explicar lo que sentimos, el dibujo puede hacer que el miedo salga "solito" del cuerpo. Es una lección de inteligencia emocional profunda, el miedo no es un enemigo, es una pregunta que aún no hemos resuelto.

Este libro es un tesoro para padres que buscan conectar con sus hijos en ese momento sagrado antes de dormir, pero también para adultos que necesitamos recordar que ser valientes no significa no tener miedo, sino atreverse a mirar a los ojos a nuestras sombras y, por qué no, ponerles un nombre francés como "Jeudi".

En la actualidad, donde todo sucede tan rápido, "Los monstruos no existen, ¿o sí?" nos invita a detenernos, a escuchar los ruidos del armario y a descubrir que, muchas veces, lo que nos asusta solo está esperando una mano amiga y un poco de color, púrpura tenía que ser, para transformarse en algo extraordinario.

Los invito a abrir, leer, imaginar esta obra con el corazón dispuesto y a recordar, junto a Pep, que incluso en la noche más oscura, siempre hay una palmera pintada esperando el amanecer.

No dejen pasar la oportunidad de conocer a Jeudi, quizás él también está esperando que alguien le lea un cuento esta noche.

Abdías Martínez, (Huetamo, Michoacán), poeta fundador del colectivo Poetas en su tinta. En 2013 ganó en los Premios Michoacán de Literatura en la categoría opera prima.



ARTÍCULO

Michoacán al caer la tarde del siglo XVII

Libro del Presbítero e Historiador Alberto Carrillo Cázares

RAMÓN SÁNCHEZ REYNA

La práctica de reeditar libros no ha sido un asunto sencillo. Hoy me ocupo de hacer algunos comentarios a la tercera edición del libro *Michoacán en el otoño del siglo XVII*, que recién se presentó en el Museo de Arte Colonial en Morelia. La primera edición en gran formato se debe al Colegio de Michoacán y al Gobierno del Estado en 1993, la segunda en edición corta a la Editorial Morevalladolid en 2010; ahora constituye el número cuatro de la colección *La tierra donde estamos*, que iniciaron el presbítero e historiador Francisco Miranda Godínez y el Doctor Álvaro Ochoa Serrano, ambos avecindados en Zamora, Michoacán. La presentación de un libro impreso siempre será motivo de celebración. Y no se trata de un libro, creo que estamos ante dos libros, es decir, la extensa parte introductoria de la autoría del Padre Carrillo, por si sola constituye un libro, y por otro lado el cuerpo documental que motivó la publicación, bien puede constituir otro.

A la editorial Morevallado, primero, fundada por la Familia Silva Bedolla con Don Urso a la cabeza, y ahora Morevalladolid, Michoacán debe mucho no sólo por su trabajo desde las prensas, sino como hacedores de grandes obras impresas y el patrocinio de muchas otras.

En nota introductoria Álvaro Ochoa anota que: la principal novedad de esta edición, consiste en haberla dotado de un completo aparato de notas a pie de página en sustitución de las breves referencias contenidas (entre paréntesis) en el cuerpo mismo del texto, por las que optamos en la primera edición. La introducción de las referencias a pie de página, facilitarán a los lectores el recurso a las fuentes de donde proviene la documentación.

El *corpus* documental lo constituyen una serie de informes sobre el estado que guardaba el clero michoacano en ese referido otoño, entre el 1ro. de octubre de 1680 y el 20 de agosto de 1681. Sin olvidar que con anterioridad existen otros informes muy parecidos: el primero es el *Cuestionarios sobre el Nuevo Mundo*, 1525-26. En Michoacán, un tal Luis Cárdenas elaboró en 1527 otro informe, Juan de Villaseñor otro en 1532 y Vasco de



Quiroga uno más en 1535.

Nos dice el Padre Carrillo, que fue el historiador Peter Gerhard, quien en 1981 publicó *Un censo de la diócesis de Puebla* en 1681, y alertó sobre la posible pérdida de documentos similares que debieron ser realizados en los otros obispados de la Nueva España.

Conocedor Carrillo Cázares de los repositorios documentales vi-reinales michoacanos, cayó en la cuenta de que varios expedientes conservados en el Archivo Manuel Castañeda, de la casa de Morelos en Morelia, debían corresponder a ese informe que la corona española solicitó a los reinos de América, y de inmediato se propuso reunir y estudiar su riquísimo contenido.

Un siglo atrás 1579-1580, Michoacán había respondido desde sus provincias o territorios a un cuestionario amplio y detallado que fue ordenado por el rey Felipe II y que se conoce como *Relaciones Geográficas de Michoacán*, y que han sido publicadas y estudiadas en cuatro ocasiones: en 1958 por el arqueólogo José Corona Núñez (Guadalajara); en 1985 por Álvaro

Ochoa S. y Gerardo Sánchez D., H. Ayuntamiento de Morelia-UMSNH, en 1987 por René Acuña (UNAM), y en 2019 y 2025 por Álvaro Ochoa Serrano, en la colección *La tierra donde estamos*.

El siglo pasado se dio a conocer la *Inspección Ocular de Michoacán*, editada por el sacerdote jesuita, José Bravo Ugarte y publicada por el Archivo General de la Nación. El expediente, señala Ugarte, carece de Título, por lo que bien puede denominarse *Real inspección Ocular en Michoacán*, regiones centrales y sudoeste. Su contenido hace creer que fue hecha a fines de XVIII y principios de XIX.

Queda claro que de entre los objetivos principales de este cuerpo documental, estuvo el: promover “en la región más tarasca, el buen gobierno y policía”. Para la época en que se genera la documentación, España está gobernada por el rey Carlos II y el obispado de Michoacán tiene como titular a Francisco de Aguiar y Seixas.

Para introducir al lector en la materia y dejar abierta la invitación para que se acerque a la lectura de este voluminoso trabajo,

894 páginas, solamente pondré un ejemplo del contenido de estos reportes o padrones.

Cuando se refiere a: “Tiene esta cabecera de Apatzingán los pueblos pertenecientes para su administración que son los siguientes: San Juan Andachequqa o Tandachutiro; es un pueblo distante de esta desta cabecera como dos leguas y media seito en esta Provincia de Tanzítaro. Son 25 tendra indios, yndias casados asta veinte y sinco indios y otras tantas indias. Son 3 Viudos y viudas tiene tres. Son 7 muchachos y muchachas de comunión son siete.”

Además de referir las fiestas de algunos de los curatos y sus pueblos sujetos, algunas veces detalla el ajuar de los templos. Aquí el caso de: “Tiene dicho pueblo de San Luis Naguatzen una iglesia parrochial y en ella está el altar dorado, con un sagraio dorado, y cuatro liensos de pincel en los cuales están San Pedro, San Pablo, un Ecce Homo y la Virgen. En el remate de dicho altar mayor está una hechura de un Cristo de bulto, y en medio

está San Luis de bulto, que es el patrón de dicho pueblo...”

“Tiene dicho pueblo de San Luis Naguatzen un hospital y en dicho hospital tiene un retablo de la limpia concepción; está en blanco por no haberlo podido dorar. Está un simborio que actualmente lo están pintando y dorando”.

Ya casi al final del expediente nos encontramos con el partido de Zamora, al que dedican especial atención, porque a diferencia de otros, aquí se empadrona casa por casa, familia por familia, anotando si se trata de españoles, criollos, esclavos o la casta a la que pertenezcan.

Por último, se tiene la nómina de las doctrinas, en que pueblo se localizan y a que orden religiosa pertenecen: agustinos o franciscanos.

Ramón Sánchez Reyna. Historiador formado en la Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo. Autor de algunos textos sobre historia y arte. En el año 2010 editó el suplemento *Voces del Bicentenario* en este mismo diario.